



# *SANTIDAD*

---

Mesa Redonda del VII EFCSM 2012

**Javier Montero**

**© 2012. Fundación MAIOR**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación MAIOR, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

## SANTIDAD

1. Un hombre va a trabajar por la mañana. Oye una melodía en la calle y ya no puede deshacerse de ella durante el día. Hay siempre un punto débil en nuestra vida psíquica que la deja indefensa, porque la mayoría de las ocupaciones no absorben toda nuestra atención. Queda así una zona de nuestra vida interior que no es utilizada. Aún estando trabajando bien, nuestro personal mundo interior se ha visto influido por una hecho casual que nos acompaña todo el día y que sin embargo no ha hecho que trabajemos mal.
2. Hay que preguntarse entonces si acaso no podríamos igualmente vivir –en medio de las ocupaciones- no invadidos de trivialidades como esa melodía anterior, sino gracias a un escondido y sustancial alimento, gracias a una fuente de agua viva que nos acompañe a lo largo de toda la existencia cotidiana. Hay así un espacio vacío que guardamos para nosotros mismos y Adrienne Von Speyr se pregunta que pasaría si la Palabra de Dios se apoderase de ese espacio “vacío”.
3. Porque la Palabra nos ha lanzado una interpelación y quiere vivir en nosotros como vivió en María y nosotros no deberíamos disimular poniendo sólo una parte de nosotros a su disposición. Creer significa ser portador de la Palabra, pero serlo con la totalidad de nuestro ser. Creer significa encontrarte cara a cara, en el interior, con el Absoluto. Pero este espacio que tenemos que ofrecer ha de ser un espacio atento y no como esa apertura vaga e indiferente a las solicitudes de la calle.
4. Este espacio es el lugar más profundo que encuentro en mí, que no debo llenarlo de mí, sino que debo dejarlo ocupar por Dios. A eso se refiere la frase de Cristo cuando nos llama a “ser perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” o el “sed santos como Yo soy santo” del Antiguo Testamento.
5. Esta tarea, que Cristo nos propone como meta imposible para nosotros, se realiza, según Adrienne Von Speyr, arrojándonos hacia arriba –como niños- en brazos del Padre. Esto es imposible para nosotros, pero si no permitimos a Cristo el que lo realice en nosotros, dejamos a Dios por mentiroso. Ningún creyente será nunca capaz de ver su propia santidad. Pero su fe le prohíbe afirmar que Dios no puede hacer en él lo que Él mismo dice.
6. La santidad que está en Dios, está en el hombre en forma de llamada. Y el hombre que quiere ser santo no es libre de aceptarla o no, porque no tiene más remedio que hacerlo. Por ello la raíz de la santidad es la obediencia. Obediencia además, ciega, porque el hombre no entiende cómo se desenvuelve ese poder de Dios. Pero no por eso es una fe absurda, sino que es humilde y deja abierta la esperanza de convertirse en un lugar de acogida lo más amplio posible.
7. Es igual que uno de los milagros que hizo el Señor. Estoy paralítico y el Señor me dice: “levántate”. Yo no me levanto porque discurro que la fe es una verdad lógica y que Dios tiene poder para hacerlo todo, sino que me pongo de pie, porque acojo la Palabra de Dios. Y a su orden, es la fe la que me levanta, sin deliberar. La transformación de San Pablo no fue el resultado de una gran esfuerzo o reflexión personal –nos dijo el Papa el 25 de enero pasado- sino que fue obra de la gracia.
8. Y todas las palabras del Señor, las del día a día, son igualmente milagrosas, llevan vida y lo que se pide al creyente es que ponga su vida a disposición de la Palabra para que la Palabra pueda tener en él el poder que ella tiene por sí misma. Pero para eso tenemos que tener la Palabra de Dios tan metida en nuestros oídos *como hemos tenido metida dentro de nosotros la melodía de la que se habló al principio.*

9. Pero la Palabra la hemos de recibir también en su incompreensión. Por eso, cuando tratamos de medir la santidad mediante la suma de nuestros pequeños actos de virtud, estamos matando el absoluto. Lo que hay que hacer es lo contrario: llevar la Palabra allí donde está lo que tenemos dentro de nosotros (nuestro tesoro interior, ese lugar que antes hemos explicado que ocupa la melodía y que guardamos para nosotros) y una vez la Palabra allí, esperar la respuesta.
10. Y la respuesta no se puede ni dividir ni modular. Si reflexionamos, lo que hacemos es poner un obstáculo. Cuanto más nos analizamos, más obstáculos ponemos para recibir intacta la Palabra. Es el Hijo el que nos hace saltar al abismo que nos permite llegar a los brazos del Padre. Cristo vive en la contemplación del Padre y nos demuestra como hombre, con su propia vida, que los hombres pueden vivir como Dios espera. Pero Cristo, cuando llama, nos da al mismo tiempo la posibilidad de lograr lo que ha de ser cumplido, dándole a esa su Palabra la mayor cercanía posible al Padre. Y el hombre está cerca del Padre en la Palabra del Hijo.
11. Es cierto que las palabras del Señor fueron dichas en un momento histórico, sin embargo, su validez y eficacia se mantienen también ahora, porque una situación eterna brilla por encima de la historia y la Palabra asume nuestro tiempo en la eternidad. Por ello la Palabra no la encontramos sólo cuando leemos, sino que puede quedarse en nuestra memoria y adquirir vida en cualquier momento a través de nuestra voluntad, llegando así a ser la medida de nuestra actividad, el abrigo de nuestra existencia, convirtiéndose para nosotros en más vida que nuestra propia vida.
12. Y esto es así porque es una llamada y sobre todo porque es amor. Es una compañía constante y por eso podemos permanecer en algo que no hemos podido entender -¿Quién es capaz de entender el Absoluto?- y precisamente porque no hemos entendido, es por lo que permanecemos en la disposición de comportarnos como Dios espera de nosotros, dejándonos modelar por Él.
13. En la Iglesia, los santos se dejan llevar permanentemente en el interior del Absoluto y su vida es prolongación de la vida de Dios. Podemos relatar la vida de los santos, pero eso es en alguna medida algo secundario. Lo esencial es que sus almas están pendientes de Dios y ellos dejan que dentro de su alma, Dios sea Dios. No deberíamos “humanizar” a los santos, porque un santo lo que hace es que vive, ya aquí abajo, en la vida eterna. La santidad es, como hemos visto ya, una respuesta indivisible, porque se integra en la Palabra que nos abre a Dios –que es santo- y que con el amor constituye siempre una unidad indivisa. Resulta así que Dios tiene que ser abordado desde más arriba de los acontecimientos. Si pensamos en nuestros actos de virtud, estamos “mirando hacia abajo”, hacia nuestros esfuerzos. Dice Adrienne Von Speyr que es como fijar nuestra atención en los escalones de una escalera con la que queremos... alcanzar a coger el sol.
14. La vida de los santos es un acto de amor dentro del amor del Hijo al Padre. Y esto es así porque el Hijo no ha querido demostrar su amor al Padre Él sólo, sino que quiere hacerlo de modo abierto e invitatorio y así Él otorga su amor a todo aquel que cree.
15. Por tanto la verdadera santidad es exponerse mejor a la luz de Dios y la raíz de toda santidad es la humildad porque es querer dejarse amar por Dios y en este amor de Dios, querer amar. Quien quiere brillar con su propia luz resulta opaco, porque la verdadera santidad es dejarse iluminar interiormente por la única luz y dejar que esa luz brille a través de uno en total transparencia.

*Texto extractado de*

*HOLINESS IN THE EVERY DAY Adrienne von Speyr*